

tivos como para dudar de su rectitud de conciencia y de su deseo de expresar simplemente lo que ella le dicta, sino solamente que está siendo muy utilizado con unos fines que ni siquiera se parecen a los suyos originales. Esta utilización es, sobre todo, la de descorazonar a los europeos de que con la URSS pueda haber otro entendimiento que no sea el de mantener la guardia levantada mientras por vías coyunturales se realizan acuerdos técnicos con ella.

Fronteras y personas

La conferencia de seguridad está detenida en Ginebra por dos puntos que Occidente —Estados Unidos— levantan como una barrera. Uno de ellos es la negativa a aceptar que las fronteras de posguerra sean definidas para toda la eternidad tal como están: se trataría de dejar la puerta abierta para posibles negociaciones pacíficas y amistosas para el futuro. El otro, el de la «libre circulación de personas e ideas» por todos los países del continente, lo que supondría para la URSS no solamente dejar salir cómoda y libremente a todos sus disidentes —y a los judíos que quieren emigrar a Israel—, sino también recibir, sin trabas, periódicos, libros, emisiones de radio, emisiones de televisión. Las fórmulas ambiguas de la URSS sobre esta posibilidad no se aceptan (y aquí es donde casos como el de Solyénnitsin tienen su mayor resonancia). Mientras la URSS no se comprometa a esta apertura, seguirá siendo mostrada al mundo como un país concentracionario.

El tema de la conferencia de seguridad era muy importante en esta entrevista. Brejnev quería atraer a Pompidou a su campo, que es el de llegar rápidamente a un acuerdo en Ginebra, y preparar un documento importante: se reunirían entonces, por primera vez en la historia, los jefes de Estado y de Gobierno de las treinta y cinco naciones y lo firmarían en una sesión espectacular. Pero Pompidou ha permanecido dentro del campo occidental. Se ha

opuesto en nombre de la historia. El resultado de la conferencia de Ginebra, dice, no puede ser nunca concluyente y definitivo. No pasará de la retórica expresión de buenas voluntades. Puede ser interesante en el sentido de que marque «una simple apertura hacia la cooperación», pero no podrá considerarse como la creación de «un documento final marcado por algo importante, decisivo y significativo para la historia europea». Los jefes de Estado y de Gobierno, en una asamblea de ese tipo, representarían algo tan espectacular que solamente estaría justificado por acuerdos decisivos que marcaran un cambio de rumbo visible. No siendo así, más vale que la conferencia continúe en manos menores.

Es una técnica conocida la técnica del perfeccionista. Al elevar exageradamente la importancia de algo, ese algo deja de ser accesible. Al mismo tiempo que esta sublimación del tema, Francia ha insistido en que no puede comprometerse a nada en este sentido, sin consultar a los otros países europeos y a «otras partes» (nueva alusión, sin citarlos por su nombre, a Estados Unidos).

Salvo conversaciones de tipo secreto (¿petróleo?, ¿relaciones con los árabes?), de las que, naturalmente, no hay constancia, los dos días de entrevistas no han pasado de aquí. Y de su ambigüedad. De donde las críticas de los observadores franceses y el relativo desinterés de los internacionales. Para los franceses de la derecha, Pompidou va más allá de lo deseable al insistir tanto en amistad con la URSS. Para los de la izquierda, en el momento de la verdad se queda claramente en el campo de las antiguas alianzas, sin ser capaz de abrir un camino nuevo. Para Pompidou, su gobierno y su partido, los únicos objetivos posibles se han cumplido: dar una vez más signo, como en tantos años atrás, de que en un momento dado puede cambiar de alianzas si se le fuerza excesivamente hacia el aislamiento y la soledad, y hacer otro signo a los países árabes de que continúa a su lado. ■ E. H. T.

La Capilla siXtina

JOSE MARIA RODRIGUEZ MENDEZ

Durante una época tuve algunos contactos con este madrileño, ahora residente en Cataluña, llamado José María Rodríguez Méndez. Coincidíamos en la redacción de un diccionario enciclopédico de esos de peso, donde los dos entregábamos unos gramos de mercancía cultural semanal para ir tirando. Rodríguez Méndez tenía la virtud de elevarme la moral porque siempre estaba más pesimista que yo. Y ya es decir.

—Oye, Sixto. Está todo muy mal, ¿verdad?

—Pésimo.

—Es terrible.

Ha habido pocos escritores con más problemas de comunicación con el público que José María Rodríguez Méndez. Es un excelente autor teatral, predilecto de doña Intolerancia, más inédito que estrenado y no por falta de ganas del autor. Por otra parte, Rodríguez Méndez no ha conectado con ninguno de los reinos de taifas culturales del país. Es un "outsider" congénito, reticente e hipercrítico. Recientemente se le ha levantado la veda libresco y en pocos años nos ha obsequiado con ensayos sobre el machismo español, sobre la inteligencia española, sobre el teatro español, sobre la televisión. Víctima de la falta de generosidad de nuestro país, ha acabado un tanto contagiado y en sus juicios sobre la más reciente inteligencia española pesa más la reacción por lo que no se le ha concedido, que la apreciación objetiva, siempre dentro de lo que cabe aceptar de este funesto concepto, de los logros de los demás.

Ahora ha publicado "Pudriéndome con los árabes", una especie de "menosprecio de corte y alabanza de aldea", pero como si la corte fuera la Europa consumista y la aldea el mundo del subdesarrollo árabe. Rodríguez Méndez es un "hincha" de los árabes, un "hincha" hasta la arbitrarie-

dad, una arbitrariedad simpática e históricamente positiva, porque los árabes, históricamente hablando, tienen toda la razón. Es uno de los libros más curiosos de los que en los últimos años se han aprestado a la batalla por el escaparate. Rodríguez Méndez, "el arabizado", da cumplido informe de sus opiniones, visiones y glosas sobre y del mundo árabe, que conoce bien, con ese conocimiento que sólo es posible obtener conviviendo con los árabes en Musulmania.

El libro tiene ya el valor previo de lo que Vargas Llosa llama "el punto de vista". El autor se sitúa a ras de suelo árabe. Viaja con ellos, habla con ellos. Y con ellos vive, convive, comparte sensaciones, se pudre incluso, desde la misma incomodidad histórica y la misma conciencia de patria marginado por la civilización de consumo. Sin tal vez proponérselo, Rodríguez Méndez conecta con la moderna sensibilidad de muchos historiadores "occidentales" que han puesto en revisión el etnocentrismo cultural e histórico europeo y han descubierto que la irrupción de la Europa expansionista en la Musulmania de la Edad Media y Contemporánea arrasó la razón histórica de una civilización, tan digna de seguir su propia evolución como la que más.

Sin envidia, con la humildad de un reportero, de un reportero árabe de diario árabe de circulación árabe para un público árabe, Rodríguez Méndez ha escrito un emocionado manifiesto antiimperialista que tiene el tono de una conversación resumen de largas experiencias. El mismo tono que tenían aquellos comentarios que me lanzaba como un pistoletazo cada vez que me veía entrar en la redacción del Espasa:

—Oye, Sixto. Está todo muy mal, ¿verdad?

Y el condenado siempre tenía razón. ■

SIXTO CAMARA

«EL HUMOR Y LA POLITICA»: Una errata

En el trabajo titulado «El humor y la política», publicado en el número anterior, aparecieron unas aleyuvas de Soravilla como de Robledano. El lector habrá podido subsanar fácilmente, a través del texto, los efectos de este pie confundido.